



PLAY

Los avances de la tecnología eran para él un fastidio, y el hecho de que su antiguo grabador de vídeos hubiera dejado de funcionar lo confirmaba plenamente. Sus conocidos lo calificaban como cinéfilo, aunque él no compartía esa opinión. Únicamente le gustaba ver películas. Disponía en casa de una inmensa colección de títulos, fruto de años de compras, intercambios o grabación de emisiones de televisión, así como de antiguos recuerdos personales. Fragmentos de una vida ida a pique de la que sólo quedaba el testimonio encerrado en aquellas cajas de plástico.

Seguía sin entender por qué era imposible que alguien arreglara su reproductor si al fin y al cabo tan sólo se trataba de una máquina. Además, todos los vendedores insistían en proponerle alguno de los reproductores de películas en DVD que aún se fabricaban, o le hablaban de "plataformas" y otros sistemas que ni comprendía ni le interesaban lo más mínimo. Como si su colección de cintas no valiera nada para todos aquellos idiotas a comisión.

Al volver a casa sumido en su inquietud sobre cómo haría para grabar un clásico que emitirían esa misma noche mientras él estuviera en el trabajo, lo vio.

Allí estaba.

Era una de esas tiendas donde la gente se deshace de los artículos que ya no necesita a cambio de un poco de dinero. Un aparato idéntico al suyo, tal vez un poco más limpio y, sin lugar a dudas, menos usado. Se interesó por él, aunque la decisión ya estaba tomada desde antes de empezar a hablar. Al fin y al cabo, costaba menos que un par de cintas vírgenes. ¿Qué podía perder?

Al día siguiente comprobó con agrado que todo había funcionado perfectamente. La película había quedado registrada y su vida podía volver a ser como antes. Aprovechó las horas previas a la nueva jornada de trabajo para verla. La recordaba bien a pesar de que la había visto hacía una eternidad y, sin embargo, se sorprendió, ya que algunos detalles del argumento le parecían nuevos.

Durante las semanas siguientes y a medida que utilizaba el aparato una sospecha inquietante empezó a cobrar vida en su interior. Aquel grabador no era como los demás. En el proceso de reproducción era capaz de alterar el argumento de las películas. Añadía cambios o hacía actuar a los personajes de forma distinta.

Al principio se trataba de pequeños detalles. Encender o no un cigarrillo. Ceder o no el paso en una puerta. Pero, a medida que repetía una y otra vez el visionado de una cinta, los cambios se hacían más profundos. Las historias se alejaban de sus guiones y se iba reinventando una nueva película.



Con perseverancia descubrió que de alguna forma él podía influir en todo aquello. Poco a poco comprendió las claves sobre cómo hacerlo. Le bastaba imaginar algo posible en el momento adecuado y, durante la siguiente reproducción, algunos detalles comenzaban a alterarse solos para acercar más la obra a su pensamiento. Como si estuviese modelando una figura en un trozo de barro.

Consiguió que Rick se quedara con Ilsa para revivir París mientras Laszlo era asesinado por un espía nazi en un callejón de Casablanca. También pudo ver a Kate Winslet saltar desde la popa del Titanic ante la mirada impotente de un Leonardo di Caprio que alcanzaría milagrosamente una barca de salvamento tan sólo para revivir su cobardía como una tortura durante el resto de sus días.

Tuvo claro que el único pasado verdadero es el que queda grabado en el recuerdo.

Aquella noche se sentó delante del televisor dispuesto a empezar sus recién estrenadas vacaciones. Junto a él, la colección de cintas familiares testigo de su naufragio personal. La inauguración de su flamante negocio que acabó fracasando. La espléndida casa de la que había sido propietario. Las mujeres que le acabaron abandonando, llevándose a sus hijos, a los que solo le dejaban ver con cuentagotas.

Esa noche todo aquello volvería a ser como debería haber sido.

Pulsó el botón **PLAY**

Autor: Pedro Cruañas Goldaraz